

del profesor de la Universidad de Valladolid Maximiliano Barrio Gonzalo quien disertó sobre *Las cofradías de la diócesis de Segovia y el expediente general de 1771*, centrándose lógicamente más en las del Santísimo. Luego se incluyen las ponencias de Antonio Linage Conde, *La tenacidad cofrade de Sepúlveda en la Edad Contemporánea*, con un abundante aparato documental; Fermín Labarga García, *Algunas notas sobre la fiesta del Corpus Christi*; José Sánchez Herrero, *Orígenes de las cofradías del Santísimo Sacramento*; M<sup>a</sup> Antonia Antoranz Onrubia, *La Santa Cena y la Eucaristía en la pintura medieval*; de nuevo Linage Conde, *Otra cofradía de Sepúlveda absorbida por el Corpus: Ánimas*; Francisco Fuentesburo Zamarro, *Las antiguas cofradías de Cantalejo y el teatro sacro*; J. Carlos Vizcaino Zamora, *Cofradías eucarísticas de Toledo. Corpus Christi y Minerva*; Asunción Alejos Morán, *Cristo en las calles de Valencia*; Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, *El Corpus Christi y las hermandades sacramentales en la Granada Moderna*; Juan Aranda Doncel, *Las cofradías del Santísimo Sacramento y la fiesta del Corpus durante los siglos XVI y XVII en Córdoba*; Marion Reder Gadow, *Liturgia y pedagogía: la fiesta del Corpus Christi en la Málaga del seiscientos*; Adela Tarifa Fernández, *Cofradías y hermandades entre la religiosidad popular y la asistencia social. Aproximación a su historia en Jaén y en Úbeda*; Domingo Murcia Rosales, *Cofradía alcaláina del Santísimo Sacramento*; y Miguel Ventura Gracia, *La cofradía del Santísimo Sacramento y las fiestas del Corpus en la villa cordobesa de Espejo durante los siglos XVI al XVIII*.

Se incluyen, además, otras catorce comunicaciones referidas a diversos lugares: Astorga (M. Martínez), Murcia (R. Sánchez), Orihuela (A. L. Galiano), diócesis de Guadix (F. J. Fernández), Almería (A. Gil), Medina del Campo (I. Mena), provincia de Segovia (G. Herrero), Cuéllar (B. Velasco), Venecia (J. A. Linage), Andalucía (V. Henares), Sevilla (R. de la Campa y J. J. García), así como otra referida a los usos y costumbres del ejército durante los si-

glos modernos en relación con los honores debidos al Santísimo (P. L. Pérez-Frías).

Las actas, editadas primorosamente gracias al cuidado de Diego Conte Bragado, responsable de la empresa Tuco Naturaleza y Patrimonio, son ya un referente obligado para cuantos deseen adentrarse en el mundo de la piedad eucarística y de la historia de las mentalidades durante el Antiguo Régimen. Hasta ahora, y de forma muy acusada en las dos últimas décadas, se había estudiado fundamentalmente el papel desempeñado por las cofradías de Semana Santa quedando un tanto al margen otros tipos de hermandades como las eucarísticas. Por eso las actas que presentamos constituyen un valioso instrumento en manos de investigadores e historiadores. Como señala el texto de la guarda interior, «en este volumen han tomado forma de libro no sólo la aportación erudita al conocimiento de las cofradías sacramentales sino también la crónica de sus jornadas, en las cuales sopló el espíritu sin detrimento del rigor investigador». Sin duda, este voluminoso tomo de Actas constituirá el inicio de una serie de trabajos que vendrán a desarrollar y profundizar algunas de las intuiciones que en él se insinúan, por lo que, andando el tiempo, llegarán a convertirse, así creemos, en un clásico en la materia.

F. Labarga

**James PEREIRO**, *El cardenal Manning: una biografía intelectual*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2007, 405 pp.

Se ha traducido al castellano el estudio de James Pereiro publicado en Inglaterra hace ahora diez años (*Cardinal Manning: An Intellectual Biography*. Clarendon, Oxford 1998). Ya se sabe que los grandes personajes están en manos de sus biógrafos; por eso, no es de extrañar que tanto familias como instituciones tiendan a ser celosas y selectivas cuando se trata de facilitar a investigadores o hipotéticos biógrafos el acceso a papeles o archivos de primera mano.

El caso de los dos cardenales conversos ingleses, Henry Edward Manning y John Henry Newman, tienen aspectos en común y aspectos divergentes. En común, la existencia de biógrafos tempranos, cosa habitual entre victorianos más y menos eminentes, que trazaron una imagen poco hagiográfica de sus personajes. En el caso de Newman, su primer biógrafo, sin ser directamente hostil, instituyó una imagen donde una serie de rasgos (por ejemplo, la supuesta hipersensibilidad de su carácter) perjudicaron su posteridad. Otros biógrafos más devotos de Newman solo poco a poco fueron contrarrestando esa mala imagen. Y con la definitiva biografía de Ian Ker, publicada a finales de los años 80, cualquiera con un genuino interés en el protoconverso inglés tiene a su disposición una fuente fiable y completa sobre la vida, la obra y el significado de quien muy pronto será, según parece, el primer beato inglés desde la Reforma.

Pero a Manning no le ha ido bien en el terreno biográfico. Su primer biógrafo fue prácticamente un enemigo declarado que lo retrató como un intrigante ambicioso, autoritario y sin escrúpulos. En el ámbito académico ha habido esfuerzos por rehabilitarle como persona y eclesiástico, pero han calado poco. Y en cualquier caso, quizá por esa misma necesidad de ir al rescate de una figura injustamente valorada, se ha prestado poca atención al bagaje y a la aportación intelectual de este converso que llegó a ocupar la sede primada de Westminster. Y aquí es donde encaja la aportación de este libro de James Pereiro, que quiere ir más allá de aspectos conocidos, como su labor de gobierno y otros más «progresistas», como su implicación en diversas campañas sociales y de reforma, desde la defensa de los obreros en huelga hasta el apoyo a los antiviviseccionistas o la oposición al gobierno en el espinoso tema de Irlanda.

El libro de Pereiro es un libro académico, que pasó con éxito un proceso de selección en una editorial de gran prestigio, y cuyos lectores principales son los bastante interesados en

la historia de la Iglesia moderna y de la Inglaterra victoriana. En España, en general, se sabe poco de los debates intelectuales que cruzaron el siglo XIX en un país con una minoría católica cada vez más activa, que fue capaz de dar una notable promoción de escritores y artistas conversos en el siglo XX. Por eso es bueno que este libro se haya traducido (en general, con acierto). Aunque no llegue al público general, *El cardenal Manning: una biografía intelectual* contribuirá a que el cardenal sea mejor conocido en la historia eclesiástica moderna.

El trabajo de Pereiro tiene un objetivo bien claro: examinar tanto la formación como el desarrollo intelectual de Manning, partiendo de las fuentes disponibles, que básicamente han sido de dos tipos: sus publicaciones, por un lado, y, por otro, toda otra gama de fuentes disponibles, en las que Pereiro ha sido muy exigente, y que van desde el epistolario de Manning al registro de libros que tomó en préstamo de la biblioteca de su *college* o las notas que escribía sobre sus lecturas. Además, naturalmente, de la bibliografía académica disponible. Toda esa masa de información –creo que no hay página sin al menos una nota al pie– fundamenta con sumo rigor las conclusiones y el retrato moral e intelectual que Pereiro hace emerger poco a poco ante el lector. E incluso, en ocasiones, cabría hablar de un exceso de minuciosidad y proximidad a las fuentes, sobre todo las manuscritas, que hacen la lectura, por un lado, un tanto árida y, por otro, un tanto abrupta puesto que la superabundancia de fuentes que ha logrado allegar y que presenta ante nosotros exhaustivamente, impone a este relato intelectual un ritmo no siempre suave y a veces excesivamente descriptivo. Esto lleva, a mi juicio, a otras dos consecuencias, probablemente deliberadas: una severa limitación del contexto histórico e ideológico en que se desempeñó Manning como clérigo anglicano y después católico; y una postura un tanto ambigua por parte de Pereiro, que se limita a poner adjetivos pero no toma partido ni parece tener una tesis claramente definida acerca de su personaje, cuyas ideas, eso sí, describe con

sumo detalle. Todas esas fuentes se recogen en la bibliografía y no falta un índice de nombres, como debe ser.

En este libro, hay poca biografía en el sentido tradicional; en parte, podemos pensar, porque de eso ya ha habido demasiado y no es el objetivo que Pereiro se ha fijado. Las bobadas que sobre Manning escribió Lytton Strachey en *Eminent victorians* son insignes; entre ellas le hace considerar la muerte de su mujer como una de «las mercedes especiales de Dios» con él. Y a Newman, ya católico, lo saca a pasear y a llorar por los alrededores de Oxford, vestido de cualquier manera, y cuando alguien lo reconoce, niega ser el Dr. Newman. Pero tanta sequedad por parte de Pereiro quizá a alguno le resulte excesiva. Por ejemplo, la implicación, el compromiso de Manning en cuestiones sociales entroncaba bien con la teología que Pereiro dibuja para él y hubiera podido merecer un poco de atención. Recuerdo haber leído que Manning afirmó algo así: «Si Cristo y los apóstoles hubieran vivido en la Inglaterra del siglo XIX, estoy muy seguro de lo que hubieran hecho: dedicarse a los pobres».

Lo cual nos lleva al rasgo central de la teología de Manning: el Espíritu Santo en la Iglesia. Se podría casi decir que, para Manning, en la Iglesia y en el mundo nada ha ocurrido que valga la pena desde el día de Pentecostés. El tiempo no cuenta. «El día de Pentecostés es un milagro perpetuo», escribió. El siglo XIX en Inglaterra y la Palestina posterior al descenso del Espíritu Santo, en realidad, son lo mismo. Manning nunca entendió ni valoró una de las ideas más definitivas para Newman (y para el siglo XIX): el desarrollo, la evolución. Manning, que también leyó a los Padres, los dejó de lado cuando empezaron a sonarle «demasiado anglicanos». Newman, en el otro polo, decía que, una vez arriba, no iba a dar una patada a la escalera que le había permitido subir.

Y, no obstante, es evidente que Manning experimentó una evolución, *malgré lui*, que le llevó desde una «postura evangélica moderada» o «High Church no muy bien definida»

(p. 25), al descubrimiento de la «Regla de la Fe» y después al descubrimiento definitivo del Espíritu Santo como juez de esa Regla de Fe, supremo e infalible intérprete de la verdad sobrenatural, en la Iglesia; un punto de vista en el que fue decisiva la lectura de Melchor Cano en sus «lugares teológicos» (*De loci theologicis*). Pero una vez hecho esta especie de «descubrimiento definitivo», una vez alcanzada esta «idea» omniabarcante, se diría que su actividad intelectual cesó; Manning redujo todo a esta única perspectiva y dedicó sus muchas fuerzas y cualidades a impulsar, con inmoderado celo, la declaración de la infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano I. Quizá no todo el mundo sepa que Manning hizo voto –un voto promovido por el jesuita italiano P. Liberatore– de hacer todo lo posible para que se definiera la infalibilidad del papa. Y a fe que Manning lo cumplió y fue, junto al arzobispo de Malinas, Dechamps, y el obispo de Paderborn, Conrad Martin, uno de los tres eclesiásticos que más presionaron para obtener la definición dogmática. Manning estaba convencido de que esa doctrina era el cimiento de la vida moral y del edificio doctrinal de la Iglesia.

«Manning fue un hombre de primeros principios» (p. 371) concluye Pereiro. Pero ¿fue un intelectual? Digamos que *esa* fue su manera de ser intelectual. Hizo cosas propias de los intelectuales: leer (y mucho), escribir (bastante), pensar y reflexionar en busca de unos «principios» que, una vez obtenidos, le permitieran abandonar toda reflexión ulterior y pasar a la acción. Su método teológico, a partir de entonces, se limitó a acumular listas de citas, autoridades y herejías; o papas, concilios y teólogos, según el caso. En suma, un intelectual práctico, con pocas ideas, muy coherentes, y demasiado firmes; un racionalista que no destaca por su visión de futuro.

Me temo que el retrato de Henry E. Manning (1808-1892) que se exhibe en la National Portrait Gallery le hace justicia. Por la determinación que expresan esos ojos y esa boca, es un retrato más bien intimidante que no puede

no recordar a aquel otro en que Velázquez crucificó a Inocencio x. Ese retrato londinense es el que Pereiro (o sus editores castellanos) han decidido que campee en cubierta y contracubierta. Me pregunto si es una manera de opinar sutilmente acerca del fondo último de este rocoso personaje, tan importante para la Iglesia, en Inglaterra y en Roma, cuyas (pocas) ideas han sido investigadas y descritas con tanto rigor por James Pereiro a lo largo de su minucioso trabajo de cuatrocientas páginas...

V. García Ruiz

**Paul SHRIMPTON, *A Catholic Eton? Newman's Oratory School***. Leominster: Gracewing, 2005. 308 pp. + 29 ilustraciones

El libro de Paul Shrimpton, excelentemente escrito y magníficamente documentado en fuentes primarias, se ocupa de un asunto poco conocido: John Henry Newman como inspirador y gestor de una renovadora escuela católica de segunda enseñanza para chicos, a mediados del siglo XIX. Los que tengan alguna familiaridad con la obra del ilustre converso inglés, futuro cardenal y parece que, pronto, futuro beato de la Iglesia Católica, conocen su siempre citada (y me temo que poco leída) *Idea of a University*, donde se contiene la aún más citada definición del *gentleman*; quizá también recuerden que, cuando se produjo la polémica con Charles Kingsley que daría lugar a la *Apologetica pro Vita Sua*, Newman había *desaparecido* para sus viejos amigos de Oxford. En una revista de entonces se escribió: «Nos duele, lo mismo que a miles y decenas de miles de compatriotas suyos y nuestros, verle condenado, en su avanzada edad, a malvivir dando clase a niños pequeños en una escuela desconocida de Edgbaston, en lugar de ejercer su influencia sobre toda la sociedad con su pluma magistral y su irresistible elocuencia».

El libro de Shrimpton tiene como fin contárnoslo todo sobre esa «escuela desconocida de Edgbaston», en un momento en que el sistema educativo inglés estaba en plena etapa

de reformas. Con orden y claridad, Shrimpton conduce al lector por la prehistoria, la historia y las repercusiones sociales y eclesiásticas de esta empresa educativa en la que Newman se vio implicado en una medida mayor de la deseada por él en un principio. No tratándose exactamente de un libro sobre la *Oratory School* sino sobre Newman y lo que podría considerarse una nunca escrita «Idea of a Catholic School», el libro se ocupa solo de los años fundacionales de la escuela, aquellos en que Newman participó en su gestión.

La prehistoria tiene un vínculo directo con el Movimiento de Oxford y los numerosos conversos al catolicismo que querían, además de hacer de sus hijos buenos católicos, un nivel social y de educación como el que ellos habían tenido. O sea, un Movimiento de Oxford para niños. Los conversos se habían educado primero en Eton, Harrow, Winchester, Westminster y otras *public schools* protestantes, y luego en Oxford o Cambridge. Por un lado, no querían enviar a sus hijos a las escuelas protestantes. Por otro, se encontraron con que los establecimientos de educación católica en Inglaterra eran en realidad seminarios donde se admitían también chicos que no iban a ser sacerdotes y donde se les ofrecía una educación clerical, que los segregaba de su ambiente; es decir, incapaz de preparar a los chicos para el mundo y para preservar su fe en él. Para no añadir una más a las renunciadas que les trajo su ingreso en la Iglesia católica, unos cuantos conversos se dirigieron a Newman para pedirle que les ayudara a promover una escuela donde sus hijos pudieran llegar a ser caballeros capaces de relacionarse con sus iguales en sociedad, muchachos preparados para proseguir luego a *Oxbridge* y, al mismo tiempo, profundamente católicos en piedad y doctrina. Por muy clasicista que nos suene hoy día, esta postura se entiende perfectamente dentro de la sociología del catolicismo inglés del XIX, con una exigua minoría de *old catholics* automarginados en el campo y una masiva inmigración de irlandeses marginados por su analfabetismo. Newman y los conversos pretendían fundir dos tradiciones